

BREVE HISTORIA DE LA ARQUEOLOGÍA

Jorge García Sánchez



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de la arqueología*

Autor: © Jorge García Sánchez

Copyright de la presente edición: © 2014 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio

Imagen de portada: Máscara de Agamenón, 1550 a. C., Museo Arqueológico Nacional de Atenas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-563-3

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-564-0

ISBN edición digital: 978-84-9967-565-7

Fecha de edición: Mayo 2014

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-10684-2014

*A mi familia y a mis amigos,
que lo significan todo en mi vida.*

Índice

Prólogo.....	13
Introducción	17
Capítulo 1. La visión del pasado en la Antigüedad y en la Edad Media.....	23
Dioses, tumbas y héroes	23
Antes y después de la Era: la <i>archaiologia</i> de los antiguos	33
La devastación monumental a la caída del Imperio romano	42
Tradiciones clásicas y tradiciones cristianas.....	46
De la <i>Renovatio Romani Imperii</i> al primer humanismo	55
Capítulo 2. De las letras humanistas al coleccionismo barroco	61
Italia y el anticuariado renacentista	61
Falsarios, anticuarios, coleccionistas e historiadores en acción.....	68

Los pontífices y la conservación del patrimonio ...	72
El coleccionismo renacentista y barroco: de los gabinetes de curiosidades a las primeras galerías públicas	76
El retorno a Grecia y al Mediterráneo oriental: viajes, documentación y coleccionismo	82
El periplo a Oriente de Pietro della Valle	90
Capítulo 3. La arqueología de la Ilustración	95
La Europa de los anticuarios	95
El inventor de la historia del arte: Johann Joachim Winckelmann	103
La Italia del Grand Tour, de las excavaciones arqueológicas y del coleccionismo de antigüedades...	106
La arqueología del Siglo de las Luces	112
El descubrimiento de Pompeya y de Herculano ...	116
Capítulo 4. Ciencia y expolio: los orígenes de la arqueología en el mundo griego	125
La época de los <i>dilettanti</i>	125
<i>Antiquities of Ionia</i>	133
Una tragedia griega: el <i>affaire</i> de los mármoles Elgin	136
Las consecuencias de la guerra de Independencia de Grecia y las expediciones europeas en la Hélade.....	144
Los monumentos de Asia Menor en el Museo Británico	148
Los institutos de arqueología y el comienzo de las grandes excavaciones.....	152
Capítulo 5. La seducción del desierto: arqueólogos, viajeros, diplomáticos y aventureros europeos en Egipto y en Mesopotamia.....	159
<i>Soldats, du haut de ces pyramides, quarante siècles vous contemplant...</i>	159
Los años de los cazadores de tesoros	167

El desciframiento de la piedra Rosetta y la consolidación de la egiptología	172
Los pioneros europeos rompen el silencio de Oriente: la arqueología de Mesopotamia	181
Layard de Nínive: un arqueólogo al servicio secreto de su majestad	186
El «Padre de la asiriología» y el desciframiento de la inscripción de la roca de Behistun	192
Capítulo 6. En busca de los orígenes de la humanidad: el largo camino de la arqueología prehistórica	197
Las ideas acerca de la antigüedad del universo y del hombre	197
Fluvialistas, uniformistas, diluvianistas y creacionistas en pugna	202
Hacia una cronología de la prehistoria y de la protohistoria: el sistema de las tres edades y sus subdivisiones.....	210
El arte de las cavernas, Altamira y la antropología del hombre definitivo	218
Capítulo 7. Los progresos de la arqueología hasta la Segunda Guerra Mundial	227
Tras los pasos de Homero: Heinrich Schliemann en Troya	227
Micenas, «la rica en oro»: la Edad del Bronce de Grecia.....	232
Dentro del laberinto. Arthur Evans y la arqueología cretense	236
La arqueología científica en Egipto	241
La tumba de Tutankhamon	246
Robert Koldewey, un arqueólogo alemán en la Torre de Babel.....	249
Sacrificios humanos en la necrópolis de Ur.....	253
Práctica y actividades arqueológicas hasta la mitad del siglo xx.....	255

Capítulo 8. La mayoría de edad de la arqueología	265
La arqueología subacuática	265
Nuevos métodos de reconocimiento arqueológico: la fotografía aérea	273
Métodos de datación absoluta: el carbono 14 y la racemización de aminoácidos	279
La dendrocronología y la termoluminiscencia.....	283
La «fase harrisiana» de la arqueología: Edward C. Harris y la estratigrafía arqueológica	285
Grandes descubrimientos de la segunda mitad del siglo xx	292
La arqueología y las herramientas informáticas	302
 Bibliografía	 311
Agradecimientos	325

Prólogo

*Lord Carnarvon: «¿Ve usted algo?»
Howard Carter: «¡Sí, cosas maravillosas!»*

La famosa respuesta de Howard Carter, atisbando por una pequeña abertura de la puerta sellada de la antecámara funeraria de Tutankhamon el 26 de noviembre de 1922, puede entenderse como confirmación del hecho de que la historia de la arqueología es una disciplina tan fascinante como la arqueología misma. Los grandes descubrimientos de civilizaciones pasadas han cautivado desde siempre el interés, la curiosidad y la admiración de todo el mundo, especialistas y gente común: la resurrección de Pompeya y Herculano, el desciframiento de los jeroglíficos por Jean-François Champollion, las ruinas de Troya y Micenas excavadas por Heinrich Schliemann, las ciudades de Mesopotamia desenterradas por Paul Émile Botta, Henry Austen Layard, Robert Koldewey y Leonard Woolley, el palacio de Cnosos descubierto por Arthur Evans, la localización de las ciudades perdidas precolombinas.

Aun no siendo el primero, el libro de C. W. Ceram –seudónimo del periodista alemán Kurt Wilhelm Marek– *Götter, Gräber und Gelehrte. Roman der Archäologie*, de 1949 (en castellano *Dioses, tumbas y sabios. La novela de la arqueología*, publicado por Ediciones Destino, Barcelona, 1953, con múltiples reimpresiones desde entonces) contribuyó como ningún otro a dar a conocer mundialmente la historia de estos maravillosos hallazgos y la de quienes los llevaron a cabo en épocas en que la arqueología no era todavía una disciplina consolidada ni apenas profesional. La imagen del arqueólogo plasmada desde entonces resulta novelesca, romántica, a veces fantasiosa. La arqueología real es mucho más que aventuras y descubrimientos casuales, pero resulta difícil asumir que los arqueólogos que no pertenecen a esta élite son también héroes aunque no realicen descubrimientos tan impactantes.

Por ello son bienvenidas las obras que, escritas desde el conocimiento directo de la profesión, saben explicar la historia verdadera de esta recuperación del pasado, cómo y por qué se sucedieron los descubrimientos de civilizaciones desaparecidas, cuáles fueron los aciertos y cuáles los errores de aquellos arqueólogos aficionados o profesionales. Hace unos treinta años, con cierto retraso respecto a otros países de nuestro entorno, se introdujeron en España las primeras investigaciones, proyectos, congresos y publicaciones sobre historia de la arqueología. Pero, a diferencia de Europa, no disponíamos de ninguna monografía sobre este tema dirigida al gran público. Hasta ahora, porque tengo el placer de presentar el último libro escrito por Jorge García Sánchez, un joven pero ya prestigioso investigador del Departamento de Ciencias y Técnicas Historiográficas de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense.

Jorge García es un gran conocedor de la arqueología clásica y de la historia de esta disciplina gracias a

sus investigaciones desarrolladas en instituciones científicas españolas y europeas, especialmente en Roma y en Londres. Sus proyectos y trabajos publicados se han centrado en un tema tan interesante como el estudio de los arquitectos españoles pensionados en Roma y su relación con la arquitectura clásica, así como los viajeros españoles por Italia y Grecia durante los siglos XVIII y XIX, enmarcados en ese apasionante movimiento cultural que fue el Grand Tour. Fruto de estos estudios cabe señalar, además de diversos artículos en revistas especializadas y capítulos de libro, las siguientes monografías: *El Palacio de España en Roma. Coleccionismo y antigüedades clásicas* (Roma, 2010, en colaboración con Antonio Monterroso), *Los arquitectos españoles frente a la antigüedad. Historia de las pensiones de arquitectura en Roma (siglos XVIII y XIX)* (Milán-Guadalajara, 2011), *La Italia de la Ilustración. Viajeros, artistas y arqueólogos españoles* (Madrid, 2014).

El libro que ahora prologo comienza justamente con una alusión a la obra de Ceram, pero no se limita a una historia de los grandes descubrimientos arqueológicos sino que profundiza en el contexto en que tales hallazgos se produjeron, en la evolución de la visión de la Antigüedad en los distintos períodos de la historia y en las motivaciones de toda índole que hicieron progresar los conocimientos sobre el pasado, sin olvidar los enigmas que aún quedan por desentrañar. A lo largo de ocho capítulos con atractivos títulos, muy bien ilustrados, el autor nos presenta un completo panorama de la historia del redescubrimiento del pasado con admirable capacidad de síntesis y gran sentido dramático desde el punto de vista literario. Comienza la historia con la valoración del propio pasado por griegos y romanos y en la Edad Media; las primeras colecciones de antigüedades en el Renacimiento; la arqueología de la Ilustración, con especial énfasis en el papel esencial de Johann Joachim Winckelmann; las excavaciones de Pompeya y Herculano

promovidas por el que será Carlos III de Borbón; y el Grand Tour. Sigue un capítulo específico sobre la arqueología en Grecia, tema en el que el Dr. García es especialista, con las antigüedades dibujadas por James Stuart y Nicholas Revett por encargo de la Society of Dilettanti de Londres y la presencia de las grandes potencias en Grecia mediante la creación de las Escuelas de Arqueología y el comienzo de las grandes campañas de excavación en yacimientos como Delfos y Olimpia, sin olvidar el problema –muy actual– del expolio para beneficio de algunos museos europeos. A continuación, sendos capítulos repasan la arqueología en Egipto y en Mesopotamia durante el siglo XIX, el origen y desarrollo de los estudios prehistóricos y los grandes descubrimientos desde finales del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial (Schliemann, Evans, Carter, Koldewey). El capítulo final está dedicado a «la mayoría de edad de la arqueología», es decir, a las nuevas técnicas de detección y análisis de datos y a las últimas tendencias en la práctica arqueológica.

No tengo la menor duda de que este libro se convertirá pronto en referencia indispensable tanto para arqueólogos profesionales que quieran conocer la historia de su propia disciplina como para aficionados e interesados en este apasionante quehacer.

Gloria Mora
Universidad Autónoma de Madrid

Introducción

En un libro publicado apenas comenzado el siglo XXI, la medievalista Sonia Gutiérrez Lloret recogió algunas definiciones de diferentes autores referidas al término «arqueología» formuladas en la década final de la centuria que se dejaba atrás. El especialista en el mundo ibérico Lorenzo Abad Casal discurría que la arqueología «es una forma de hacer historia a partir de los vestigios materiales de una cultura, con un método propio –que comparte en algunos aspectos con otras disciplinas–». La arqueóloga Gisela Ripoll López la explicaba como una «ciencia –sobre todo metodológica y analítica– que estudia el pasado del hombre a través de sus restos materiales. [...] No es una ciencia auxiliar, sino una ciencia histórica, que existe por sí misma y en sí misma». Asimismo, Sonia Gutiérrez apuntaba su propia enunciación: «La arqueología aspira a explicar de forma científica problemas históricos, previamente planteados, a partir de la

recuperación y el estudio de los restos materiales de las sociedades del pasado». Las tres definiciones comparten una serie de axiomas que debemos retener acerca de lo que es la disciplina que vamos a tratar: es una ciencia independiente y, por lo tanto, no auxiliar, ni una rama de los estudios históricos junto a la epigrafía, la paleografía, la diplomática y la numismática; se dedica a escribir la historia de las culturas del pasado, pero me atrevería a añadir que de igual manera puede investigar la sociedad del presente —ahí tenemos la arqueología industrial—, así que abarca el amplio abanico cronológico que transcurre desde la prehistoria hasta el siglo xx; su objeto de análisis son los restos materiales provenientes de la actividad humana, que rescata e interpreta a través de un determinado método de trabajo y del empleo de unos instrumentos y de unas tecnologías que, en efecto, comparte con otras disciplinas.

Un libro que se plantee una historia de la arqueología basada en los principios expuestos tendría que arrancar su relato, de forma aproximada, hacia finales del siglo xix o comienzos del siguiente. Pero obviaría dos factores fundamentales: primero, el proceso de formación progresiva del pensamiento arqueológico, de su metodología y de las herramientas que utiliza, hasta llegar al momento en que los profesionales se vieron en grado de ilustrarnos sobre lo que es o no es la arqueología. Y segundo, que en fechas remotas se tenía ya conciencia del pasado y de la necesidad de indagarlo hasta sus orígenes. Quiénes somos, de dónde venimos y —por consiguiente— a dónde vamos son interrogante intrínseco a nuestra condición humana. Lógicamente, la arqueología, con este u otros nombres más apropiados con los que podemos rotular la aproximación del hombre a su historia desde tiempos antiguos, no fue siempre la ciencia que hoy conocemos. La arqueología que incorporó los avances científicos, en especial desde mediados del siglo xx, poco o nada

tiene que ver con la curiosidad de los humanistas del Renacimiento y de los anticuarios y diletantes del Siglo de las Luces por el clasicismo, que se traducía en arrancar de la tierra las obras de arte grecorromanas, ni con el apasionamiento naïf y destructivo por las ruinas exóticas de Egipto, Mesopotamia y el continente americano por parte de orientalistas y cazatesoros. De hecho, durante siglos la disciplina únicamente sirvió de excusa académica para el expolio sistemático de los monumentos y de los objetos de la Antigüedad, ya fuera para su exhibición en colecciones nobiliarias o su incorporación a fondos museísticos. Por desgracia, hasta la actualidad, la literatura, el cine y la prensa han hermanado estas actitudes y otras aún peores con el quehacer de la arqueología real, prolongando de modo indefinido en el imaginario popular los estereotipos que desvirtúan la práctica arqueológica y al oficio de arqueólogo. Si se le pregunta a una persona de la calle por la arqueología, o por el arqueólogo, enseguida le vendrá a la cabeza la imagen de un aventurero paseándose armado por la recreación cinematográfica de una excavación en el desierto, donde cientos de pares de ojos indígenas lo observan como a un ser todopoderoso, depositario de extraños saberes, algo loco por consagrarse a desenterrar reliquias arcaicas. Con diferencia, el estereotipo del celuloide por excelencia es el personaje del doctor Henry Jones Jr., Indiana Jones: un profesor del imaginario Marshall College de Nueva York que lee el sánscrito, el latín medieval, los jeroglíficos egipcios y los pictogramas mayas, y que tan pronto saquea cementerios y santuarios precolombinos, o tumbas manchúes, como excava en la Tanis faraónica a fin de recopilar piezas que vender unas veces a museos y otras a coleccionistas privados con oscuras intenciones. Un arqueólogo que ningún departamento universitario querría contratar a causa de su falta de ética profesional, por no hablar de su clara inclinación al absentismo laboral.

El cine de hoy, al perpetuar la clase de arqueología que existía en otros períodos, ha idealizado a estos ladrones del patrimonio, además de convertir la investigación científica en una suerte de exploración esotérica de los secretos de civilizaciones perdidas. Nadie niega que en algunos de sus presupuestos, la disciplina, antes de asentar sus bases, no comportara varios de los elementos narrados por la ficción cinematográfica. La exagerada preparación multidisciplinar, impensable en nuestros días, no se alejaba tanto de, por ejemplo, casos como el del británico Leonard Woolley, quien participó o dirigió empresas arqueológicas en Egipto, Mesopotamia o Italia, cuyas fechas se extendían de la prehistoria a la Antigüedad clásica. Y el oficio de anticuario, de erudito o de profanador de tumbas, a menudo indistinguibles entre sí, entrañaba considerables riesgos. Howard Carter aludía a los «grandes días de las excavaciones en Egipto» al rememorar las azarosas peripecias del gigante italiano Giovanni Belzoni al apoderarse del obelisco de Filae, en 1819. Belzoni estuvo a punto de perder su vida apaleado o tiroteado mientras trasladaba el monumento, asaltado por los agentes del diplomático Bernardino Drouetti, quien sin embargo, movido por la presencia de una multitud de testigos nativos, intervino a su favor. «Todo se arreglaba con una pistola», proseguía Carter, no sin razón: en 1852, año del fallecimiento de Drouetti, el artista Félix Thomas, contratado por el Gobierno francés para asistir a Victor Place en sus operaciones arqueológicas en Khorsabad (Iraq), decidió dirimir a tiros sus diferencias con el caíd local; este no pereció a causa de sus heridas, pero tampoco Thomas sufrió proceso alguno por su violencia. En 1865 fue el arqueólogo Turtle Wood quien experimentó las iras autóctonas en Éfeso, donde recibió una cuchillada que de milagro no le alcanzó el corazón. Con frecuencia, la conflictividad nacía de las desavenencias entre grupos de

interés pertenecientes a potencias enfrentadas, o sencillamente de diferencias de opinión entre quienes se arrogaban mayor o menor derecho a espoliar un lugar. Las dos partes de la película *Die Spinnen* (*Las arañas*, 1919-1920), dirigidas por Fritz Lang, reflejaban esta contingencia: la competición entre el aventurero, deportista y viajero americano Kay Hoog y la sociedad criminal *Die Spinnen* por ser el primero en despojar de sus riquezas a una civilización inca escondida en la jungla. Desde el siglo XIX, el público europeo exigía que la arqueología consistiese en un cúmulo de peripecias y gestas heroicas, que condujesen a la ciencia moderna y a la pesquisa de las épocas lejanas hasta tierras remotas. El honor patrio y la conquista cultural de nuevos espacios geográficos entraban en juego en todo ello. Periódicos editados con estampas de sabor orientalista como *The Illustrated London News* o *The Penny Magazine* difundieron en Gran Bretaña los descubrimientos de Layard en la Asiria bíblica. El ciudadano común se sentía aún más orgulloso de ser inglés si un compatriota suyo se adelantaba a un arqueólogo francés o alemán en la carrera arqueológica de los escenarios coloniales. Por desgracia, quienes se han cuestionado en el presente la percepción de la arqueología en el séptimo arte y en el campo de la literatura –y son poderosas fuerzas que influyen en el punto de vista de la calle– han llegado a la conclusión de que, en esencia, han heredado el discurso mediático articulado hace siglos: el del imperialismo cultural de Occidente. Esto implica la sumisión de los indígenas a la actuación omnipotente de los arqueólogos extranjeros, al parecer, las únicas autoridades intelectuales que guardan la clave para entender y explicar la historia de los pueblos; el acercamiento de esos mismos autóctonos a su patrimonio, pero siempre a través de un filtro artificioso de superstición y de creencias arcanas; el supuesto derecho a rentabilizar la inversión arqueológica en términos de

apropiación de la cultura material, principalmente con vistas a su exposición en los grandes museos; o la mezcla del misterio, la aventura, el ocultismo, el romance, el recorrer mundo, etc. en los caminos de la elaboración científica. Así son los conceptos arqueológicos con los que se bombardea a lectores y telespectadores, quizá derivados de la necesidad novelesca de vender con un lenguaje accesible un producto determinado, proceso en el que otras ciencias y ámbitos profesionales como la medicina, la psiquiatría o la jurisprudencia resultan igual de perjudicadas, cuando no banalizadas.

El siglo XXI ha traído una arqueología que pretende hacerse más accesible y próxima a las personas ajenas a la disciplina, que divulga el conocimiento de forma rápida, gracias a Internet, a la infinitud de medios audiovisuales y al incremento de publicaciones acerca de esta temática, y cuyas interpretaciones involucran a las nuevas tecnologías –podemos citar las reconstrucciones virtuales– a fin de hacerlas científicas pero asimismo socialmente comprensibles. Por eso también esta *Breve Historia de la Arqueología* se orienta a un círculo amplio de lectores, a especialistas, a aficionados o a personas que sencillamente deseen acercarse por primera vez al mundo de la arqueología de una forma amena, pero sin renunciar a la rigurosidad histórica.

1

La visión del pasado en la Antigüedad y en la Edad Media

DIOSES, TUMBAS Y HÉROES

Al principio no existía la arqueología. Esta disciplina, que por méritos propios ha ganado su puesto entre las ciencias sociales, se revistió de una metodología y de unos objetivos que empezaron a definir su profesionalización en la segunda mitad del siglo XIX, y que no se consolidaron con validez hasta el siglo pasado.

Cuando el arqueólogo dirige la vista atrás, y se imbuje en la investigación de la actividad y del sentir humanos, cuando hace historia, se arma de hipótesis y de modelos, de una preparación técnica, de un equipo y, por supuesto, de herramientas informáticas. Como veremos, en la Antigüedad también se registró un interés por la recuperación de los acontecimientos cercanos y remotos, animado por diversos propósitos, entre los cuales no faltaba la sed de conocimiento. Los historiadores poseían



Modelo de terracota de un templo (h. 1000 a. C.). Museo Arqueológico, Heraklion (Grecia). ¿Se trata del descubrimiento de una tumba micénica? Además de los dos sorprendidos personajes, el perro modelado a su lado podría haber sido el verdadero autor del hallazgo.

de Ilión, la de Casandra, Clitemnestra y Egisto; en Troya, la estructura tumular de Áyax había sido violada en la Antigüedad, pero el emperador Adriano había trasladado su osamenta a otra nueva sepultura, mientras que el *Aquileion*, descrito por Homero como un túmulo



SYLVESTRE, Joseph Noel. *El saqueo de Roma por los visigodos en el año 410 d. C.*, (1890). Musée Paul Valéry, Francia. Este no sería el único saqueo sufrido por la capital imperial, de nuevo atacada en el 455 d. C. por los vándalos.



D'ALEMAGNA, Giovanni. *Santa Apolonia destruyendo una escultura pagana* (h. 1445). National Gallery of Art, Washington. Si se observa el podio de la escultura, se observa el águila de alas desplegadas, elemento típico en aras y en relieves funerarios, que en el caso de las de personajes imperiales indican su apoteosis o ascensión a los cielos.



SCHNAPP, Alain. *Descubrimiento de las reliquias de san Anfíbalo, en la Chronica majora* (s. XIII). Las reliquias de los mártires y de los santos equivalían en el mundo cristiano a las de los héroes griegos.

los artefactos y asignarles una cronología: baste decir que a comienzos del siglo XII, en sus análisis de Novigentum (Nogent-sous-Coucy), el abad Guibert de Nogent ya no pudo atribuir al período merovingio (ss. V-VIII) los sarcófagos hallados alrededor de la iglesia local. La disposición de los enterramientos, o los vasos cerámicos colocados en ellos, lo llevaba a concluir que o bien eran tumbas paganas o de un cristianismo tan primitivo que todavía se observaban las costumbres de aquellos. Dieciséis centurias lo separaban del relato de Tucídides relativo a las sepulturas «carias» de Delos, pero el método de interpretación arqueológica no había hecho más que retroceder.

2

De las letras humanistas al coleccionismo barroco

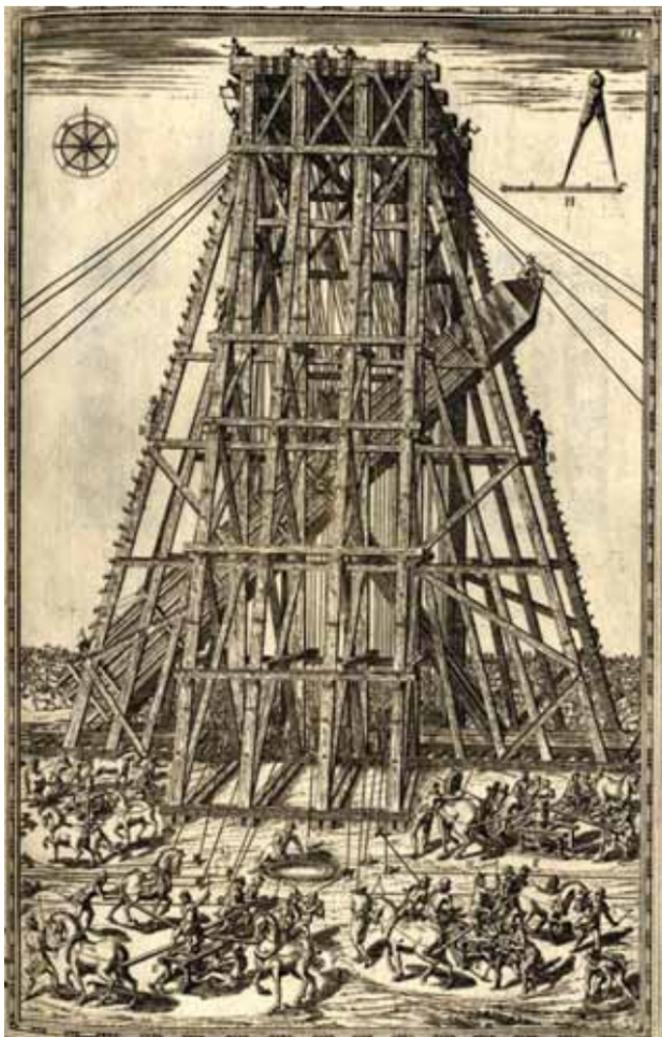
ITALIA Y EL ANTICUARIADO RENACENTISTA

La tesis mayormente aceptada en relación con el origen del Renacimiento resuelve que fue la llegada de intelectuales griegos a Italia en 1453, una suerte de refugiados de primer orden que huía de la conquista de Constantinopla, la que detonó el movimiento generalizado de fervor por la civilización grecorromana. En el capítulo anterior hemos constatado que el espíritu de Roma iluminaba ya en la Edad Media buena parte de la producción cultural y de los anhelos políticos de la época; la antigüedad romana significaba una utopía áurea que había que recuperar, un estadio histórico ideal de cuya senda se habían apartado sus herederos. Este caldo de cultivo filoclasicista no necesitaba de ese aporte foráneo de estudiosos bizantinos, en quienes el legado tradicional de Grecia vivía latente, para eclosionar: desde



DENTE, Marco. *Estatua de Laocoonte* (h. 1525). Gabinetto Disegni e Stampe degli Uffizi, Florencia. La escultura, firmada por los escultores rodios Atenodoro, Agesandro y Polidoro, se exhibe en la actualidad en los Museos Vaticanos.

lo mantuvieran informado, el arquitecto Giuliano da Sangallo y a Miguel Ángel Buonarroti. Versado en las letras clásicas, aquel no tardó en exclamar: «¡Es el *Laocoonte* que menciona Plinio!».



FONTANA, Domenico. *Erección del obelisco del Vaticano*, en *Della Trasportatione dell'Obelisco Vaticano* (1590). Casi mil hombres participaron en el alzamiento del obelisco de la plaza de San Pedro.



IMPERATO, Ferrante. «Cámara de las Maravillas». Recogida en *Dell'Historia Naturale* (1599). Palazzo Gravina, Nápoles. Este palacio, en el que se hallaba instalada, se convirtió en una meta imprescindible para los apasionados por los fósiles a comienzos del siglo xvii.

artilugios médicos, utensilios agrícolas...). Cualquiera de ellos podían ser *exotica*, en esencia, extraeuropeos. En las *Wunderkammer* se esperaba que el visitante accediese a un conjunto de parcelas del entendimiento universal y que se extasiara ante esta enciclopedia visual. A finales del siglo xvi, del techo del gabinete napolitano de Ferrante Imperato, experto en fósiles y en botánica, colgaban decenas de criaturas marinas, y un impresionante cocodrilo disecado daba la bienvenida al atónito espectador, efecto imitado por las *naturalia* que Ole Worm ordenó en su museo privado de Copenhague.

No es de extrañar que uno de los hitos que marcaron el principio de la Edad Moderna fuese el encuentro entre



MYTENS, Daniel. *La galería de esculturas de lord Arundel* (h. 1618). The National Portrait Gallery, Londres. Buena parte de su colección pictórica y escultórica la recopiló lord Arundel en Italia. Murió en Padua, en 1646, rodeado de sus obras de arte.

3

La arqueología de la Ilustración

LA EUROPA DE LOS ANTICUARIOS

Sin las ideas de progreso que abanderaron la Ilustración, no se entiende el avance de la arqueología hacia su consolidación entre las ciencias modernas. El siglo XVIII, en su voluntad de extinguir el oscurantismo en el pensamiento y en el comportamiento humanos, en su persecución del desarrollo cultural, económico y social de las naciones, cultivó cada una de las ramas del saber, un saber elevado a derecho fundamental del hombre, dotó de instrumentos de conocimiento a los pueblos –por ejemplo, de la *Enciclopedia*– e institucionalizó los organismos que, bajo la protección de la Corona, debían de dirigir a la prosperidad común. El factor de concienciación de las monarquías y de las élites resultó fundamental para que las investigaciones en el campo de las artes, de las ciencias o de las letras recibieran un patrocinio estatal,



ZOFFANY, Johan. *La galería escultórica de Charles Townley en Park Street* (1782). Art Gallery and Museum, Burnley (Reino Unido). Muchas de las estatuas de la colección son perfectamente reconocibles, como el *Discóbolo* de Mirón o la *Jugadora de tabas*. En 1805, la colección pasó a englobar los fondos del Museo Británico de Londres.

El siglo XVIII supuso un paso más hacia la superación de la obra artística entendida sólo en su singularidad estética (visión que persistiría en la arqueología hasta al menos el siglo XX), reconociéndole la faceta de documento



VON MARON, Anton. *Johann Joachim Winckelmann* (1768). Castillo de Weimar, Alemania. Paradójicamente, Winckelmann, padre de los estudios sobre la Antigüedad y la estética clásica, sería asesinado por un criminal común que pretendía robarle unas cuantas medallas romanas.

la luz en siete volúmenes entre 1752 y 1767. Con casi tres mil restos y monumentos, distribuidos en dos mil seiscientas páginas y en ochocientas veinte láminas, su recopilación divulgó la visión personal que tenía el conde de la historia del arte antiguo, de la didáctica apoyada en el mundo material y de las cuestiones en las que un anticuario se debía detener a reflexionar. Trascendió a los escritos, porque además leía mal el latín y peor la lengua



VASI, Giuseppe. *Campo Vaccino*, en *Delle magnificenze di Roma...*, vol. II, (1752). En torno a estos años sabemos que el edificio construido en las columnas del templo central de la imagen, dedicado a Saturno, se destinaba a unas caballerizas, y que en los vanos menores del Arco de Septimio Severo, se situaban sendas tiendas de vidriado.

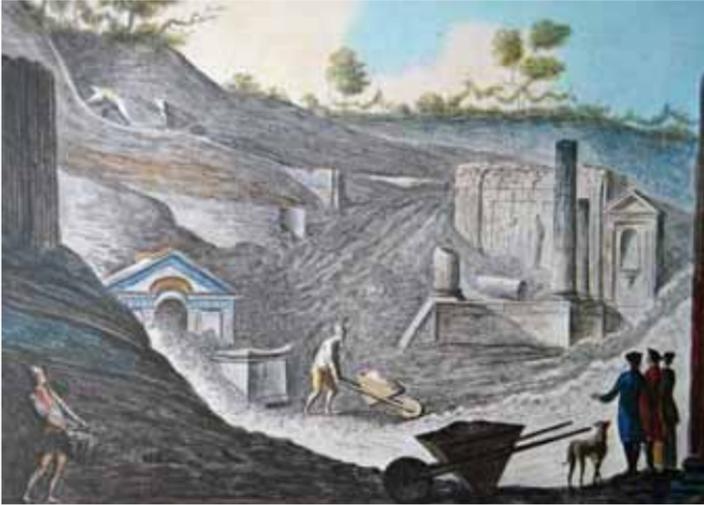
anticuariado preexistente. Al aliciente por comprar esculturas, además, se sumaba la fascinación por toda clase de piezas, mosaicos, pinturas antiguas, figurillas de bronce y terracota, camafeos, joyas, bajorrelieves... De este lucrativo negocio del *souvenir* –además de objetos artísticos, láminas, libros, etc.– se hicieron cargo una serie de agentes, patronos y mercaderes de las artes o anticuarios, con preponderancia de individuos ingleses, perfectos mediadores entre sus compatriotas y los estudios de escultores y restauradores donde se restituían a voluntad las piezas en venta e incluso se falsificaban.

En el tercio final de siglo, el panorama turístico inglés que acudía a la capital pontificia contaba con la referencia imprescindible de cinco personajes –el



ANÓNIMO. *Negocio de anticuario en Nápoles*, (1798) (Wilton y Bignamini, 1996). En estos comercios, donde se agolpaban los coleccionistas del Grand Tour, muchas obras resultaban ser falsificaciones elaboradas a partir de materiales antiguos.

banquero-marchante Thomas Jenkins, el pintor neoclásico Gavin Hamilton, el grabador Giovanni Battista Piranesi, el escultor Bartolomeo Cavaceppi y, en menor medida, el arquitecto James Byres— que dictarían el gusto del coleccionismo de los visitantes del Grand Tour durante décadas. Byres pertenecía al grupo de *dealers* anglosajones asentados en Roma que adoptando como epicentro la plaza de España se aplicaban en impartir cursos intensivos de arquitectura y anticuariado entre sus clientes acomodados que se dilataban a lo largo de seis o más semanas. Thomas Jenkins gozaba de una vista agudísima para la compraventa de antiguallas, y sea por la vía legal — contaba con el favor de Clemente XIV— o por sus operaciones clandestinas, exportó a Gran Bretaña toneladas de



HAMILTON, *sir* William. *Vista de las excavaciones del Templo de Isis en Pompeya, en Campi Phlegraei* (1776). La popularidad de este templo viene atestiguada por la enorme cantidad de grafitis que grabaron sus visitantes durante los siglos XVIII y XIX.

Antes de que Carlos VII ocupara el trono español con el nombre de Carlos III en 1759, heredando el napolitano su hijo Fernando IV, se planteó el problema de la conservación –y almacenamiento– de las obras de arte, del trabajo de campo en el inmenso yacimiento de una ciudad, de la consolidación de los monumentos e incluso de su difusión. La mentalidad del soberano concordaba con la de los reyes y príncipes coleccionistas de la Ilustración, con la salvedad de que lo que parecía una sencilla operación de reemplazo de unos cuantos ornamentos antiguos, al crecer desmesuradamente, cuestionó la estrechez de esa vertiente y forzó a utilizar la maquinaria del Estado en sus aspectos económico, legislativo o cultural para ponerla al servicio de un proyecto arqueológico. La vida de Pompeya y Herculano se había

4

Ciencia y expolio: los orígenes de la arqueología en el mundo griego

LA ÉPOCA DE LOS *DILETTANTI*

A mediados del siglo XVIII, la fiebre del helenismo se extendió como una epidemia académica entre los círculos clasicistas e intelectuales europeos. El historiador británico Ian Morris explicó a la perfección que el filohelenismo occidental soñó a la antigua Grecia como el lugar de nacimiento de un espíritu europeo común y distintivo, la raíz de nuestra civilización. En marcado contraste con las monarquías absolutistas, los pensadores ilustrados vislumbraron en la Hélade el paraíso de las libertades, del perfeccionamiento de las artes y de la floración de la filosofía, y en sus habitantes, a individuos heroicos dotados de cualidades sobrenaturales. Winckelmann les había colgado la prenda de su genio natural, que derivaba de la influencia de un clima benigno, que traía la serenidad del alma y la bondad, de la



HAMILTON, Gavin. *El descubrimiento de Palmira por Wood y Dawkings* (1775) (Kelly, 2009). El autor retrató a Wood y Dawkings con vestiduras griegas, costumbre habitual en los pintores y escultores neoclásicos.

supervivencia documental de unos monumentos estimados tempranamente como patrimonio de la humanidad. El programa de Stuart y Revett se fundamentaba en un itinerario de estudios por el Ática, con especial detenimiento en su capital, del que resultase la publicación de sus gloriosos restos arqueológicos. Argumentaban que muchos viajeros habían escrito acerca de sus exquisiteces, pero de manera confusa, sin aportar mediciones y sin que constituyesen obras de provecho, al no guardar sus autores relación con las bellas artes. Pero con todo, la indiscutible gravedad residía en que los monumentos se hallaban en poder de los bárbaros turcos, enemigos



CHANDLER, Richard; REVETT, Nicholas y PARS, William. *Antiquities of Ionia* (1769). Entre las imágenes que los arquitectos ilustrados produjeron sobre Grecia y Asia Menor no podía faltar la visión orientalista de la población otomana.

la apertura de labores arqueológicas en los yacimientos minorasiáticos. Además del pingüe equipaje de mapas, planos, diseños y bocetos, a su desembarco en el puerto de Bristol en 1766 los viajeros llevaban consigo inscripciones y ejemplos de diversa calidad de los mármoles griegos; entre ellos, dos fragmentos de notoriedad del friso del Partenón, legados tiempo después, en 1817, al Museo Británico. Enseguida ilustraremos el pillaje que transcurridos pocos años sufrieron las demás piezas marmóreas que decoraban el recinto cultural de la diosa Atenea.



PARS, Williams. *Parthenon con mezquita en su interior* (1765). Grabado en *The Antiquities of Athens* II, 1789. Entre otros, uno de los diversos usos que tuvo el Partenón a lo largo de su historia, además del de iglesia bizantina y de polvorín, fue el de mezquita.

Acrópolis, pues la colina era una fortaleza militar, de acceso restringido. Por ello, en un requerimiento elevado a las autoridades, exigía la libre entrada a la ciudadela y el permiso de levantar andamios para posibilitar la extracción de vaciados, pero además el derecho a excavar hasta la cimentación de los templos y de cobrarse cualquier inscripción y escultura que no interfiriera con las obras desarrolladas en los muros de la fortificación. Un ambiguo *firman* accedió a estas cláusulas generales, que en ninguna circunstancia aludían específicamente a los mármoles pentélicos del Partenón, y cuya autenticidad se pone en duda, al no conservarse original alguno en los archivos turcos. En cualquier caso, esgrimiendo los papeles oficiales, lord Elgin despojó el esplendoroso Templo de Atenea Partenos de medio centenar de bloques del friso, de quince metopas y de cerca de veinte figuras escultóricas de los frontones. Su depredación se extendió



«Ladrones de tumbas en Corinto», en *The Illustrated London News*, 21-04-1877. El interés de Occidente por los objetos antiguos provocó que se llevasen a cabo numerosas excavaciones ilícitas por todo el territorio griego.

incluyó entre las preocupaciones políticas de la monarquía. Desde 1827 ya se había decretado la prohibición de exportar las antigüedades griegas y el control del mercado de arte, aunque las fisuras de la legislación toleraron la continuación del contrabando.

También en 1833 se instituyó el Servicio Arqueológico estatal, cuya dirección recayó inmediatamente en el experto clasicista alemán Ludwig Ross (los estudiosos germánicos jugarían un papel de importancia en el futuro de la arqueología griega a partir de ahora), autor en esos años de la reconstrucción del Templo de Atenea Niké. A pesar de que no se materializó, desde 1824 rondaba la idea de instaurar un museo arqueológico en el Partenón; el primero en inaugurarse, a nivel nacional, fue sin embargo el de Egina, en 1829, y en

5

La seducción del desierto: arqueólogos, viajeros, diplomáticos y aventureros europeos en Egipto y en Mesopotamia

*SOLDATS, DU HAUT DE CES PYRAMIDES, QUARANTE
SIÈCLES VOUS CONTEMPLÉNT...*

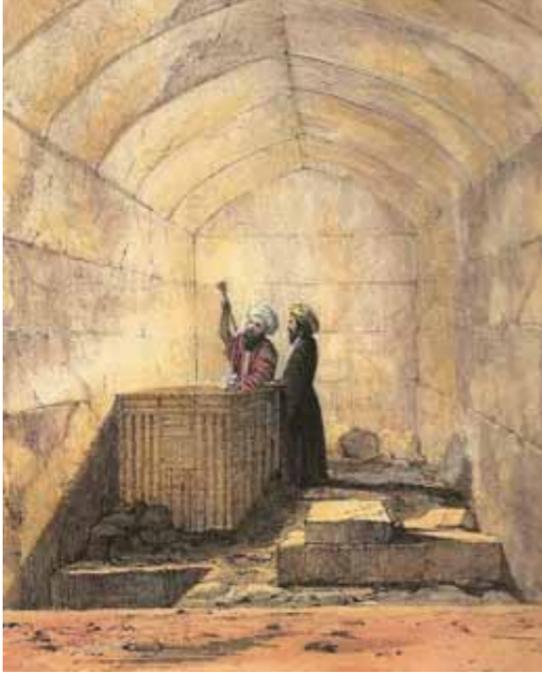
Antes de que Occidente pusiera el pie en las arenosas playas del delta, la civilización egipcia era una vieja conocida. Los doctos en las lenguas entonces no tan muertas como ahora habían leído las informaciones compendiadas por Herodoto durante su viaje a Egipto, y las galerías de Roma, y hasta la propia ciudad, abundaban de recuerdos milenarios usurpados por los emperadores. Entre los siglos xv y xx, los obeliscos con los que los arquitectos romanos habían decorado la *spina* o estructura central de los circos se levaron en las principales



GAUCI, Maxim. *Giovanni Battista Belzoni* (1821) (Clayton, 1982). El gigante italiano, después de haber sido forzado en espectáculos circenses, se convirtió en uno de los primeros anticuarios interesados por Egipto.

recuerda fundamentalmente a los subordinados que le sirvieron en bandeja toda clase de descubrimientos, los italianos Giovanni Battista Belzoni (1778-1823) y su tocayo, Giovanni Battista Caviglia (1770-1845), ninguno cultivado en las mañas arqueológicas. Trató de ganarse asimismo el apoyo de Champollion, pero de manera infructuosa.

Belzoni se había ganado la vida en Inglaterra como forzado de circo (medía más de dos metros y había diseñado un artilugio para sostener a doce personas a la vez), y un fallido negocio de venderle a Mohammed



ANDREWS, Edward James. *John Perring y Richard W. Howard Vyse ante el sarcófago de Micerinos*, (1837) (Siliotti, 2005). Hoy en día el sarcófago se halla sumergido en las profundidades del Mediterráneo. La nave que lo transportaba hasta Inglaterra –la goleta *Beatrice*– se hundió frente a las costas de Cartagena en 1838.

él se puede asegurar que efectivamente se apoderó de algunos de sus secretos mejor guardados, descritos en su libro *Operations carried on at the Pyramids of Gizeh in 1837* (1840, 1842). Pero a Vyse no lo detenían los muros milenarios, así que los avances en el conocimiento del trazado interno de las tumbas reales se efectuaron a costa de buenas dosis de explosivos en ellas. En la mayor, dio con partes del revestimiento marmóreo original y



FREY, Georg. *La expedición prusiana celebrando el cumpleaños del emperador* (1842) (Siliotti, 2005).

En 1845, cuando los cerca de trescientos cajones contenedores de los miles de restos arqueológicos partieron rumbo a Berlín, hacía diez años que Mohammed Alí había decretado la prohibición de exportar antigüedades egipcias fuera del país. La regulación, por lo tanto, permanecía en agua de borrajas, y la Administración caiota no se hallaba exenta de culpa, al no cuidar el patrimonio Mohammed Alí y los pachás que lo sucedieron con la cautela y el respeto debidos, vista la avidez europea. Por ello es de admirar la original personalidad de Auguste Mariette (1821-1881) en el contexto de la protección monumental de Egipto. Su despegue en la disciplina egipológica, no obstante, adolece de idénticos ardides que los practicados por sus contemporáneos. En 1850 se presentó en El Cairo comisionado por el Louvre para comprar manuscritos coptos. Inmediatamente le agitó su



«Descubrimiento de un toro alado en Nínive», en *Nineveh and Its Remains* de Austen Henry Layard, 1849. Los grabados publicados en los libros de Layard dieron la vuelta al mundo y dieron a conocer la espectacular factura de las creaciones artísticas asirias.

Estos años fueron los que realmente encumbraron al arqueólogo inglés, cuando su Gobierno y el Museo Británico le prestaron su máximo sostén: en 1849 se desató la fiebre de la asiriología, porque Layard publicó *Nineveh and Its Remains*, un éxito editorial sin precedentes, un *best seller* decimonónico que vendió miles de copias, mereció diferentes reediciones y que *The London Times* y *The Illustrated London News* no dejaron de elogiar y difundir. En Londres, la exhibición de las piezas artísticas de los palacios que se iban recibiendo de Iraq en 1851 (a partir de 1853 con galerías privadas en el Museo Británico) y las ilustraciones que traía el libro



Sala asiria del Museo Británico (h. 1854) (Jenkins, 1992).

Las antigüedades asirias, hasta entonces completamente desconocidas, fueron dadas a conocer gracias a las excavaciones dirigidas por Austen Henry Layard a mediados del siglo XIX. En 1849 el Museo Británico celebró su primera gran exposición acerca de esta civilización.

de Layard, que trasportaban al lector a un mundo de aventuras en medio de un ambiente de pintoresquismo etnográfico, consolidaron la manía por la arqueología oriental, influyeron en la composición de óperas —la propia *Nabucco*— y poemas acerca de la historia de Asiria, a la par que suscitaban mayores inversiones estatales en ella. Si no se le niega a Layard el talento mediático de ese y de otros volúmenes, por otro lado, la vertiente científica que mostraban dejaba que desear, al consistir sobre todo en relatos autobiográficos de heroísmo y de superación personal, descripciones de ruinas y de inscripciones algo desorganizadas, todo ello embellecido con grabados y restituciones arquitectónicas que exhalaban las fragancias de las *Mil y una noches* en lugar de una visión atinada de la monumental edificación asiria.

6

En busca de los orígenes de la humanidad: el largo camino de la arqueología prehistórica

LAS IDEAS ACERCA DE LA ANTIGÜEDAD DEL UNIVERSO Y DEL HOMBRE

Ya se comentó en el capítulo que abre este libro que la tradición cristiana modificó la manera de concebir el mundo respecto a la pagana, y fundó en la Biblia una nueva mitología que elucidaba la aparición de la vida en la Tierra, así como el proceso creador. Hasta entrado el siglo XIX, de hecho hasta bastante avanzado el siglo, prevaleció la convicción fundada en el Génesis de que Dios había creado el mundo en seis días, y que en el séptimo descansó; sucesivamente, introdujo el cielo, la tierra y las aguas, los animales, y en esa sexta jornada, a los primeros seres humanos, Adán y Eva, aquel revestido de dotes excepcionales, a su imagen y semejanza. Al



TRIGGER, Bruce G. *Explicaciones de Thomsen en el Museo Nacional de Antigüedades de Copenhague*, 1846. La clasificación de las tres edades adoptada por Thomsen se considera uno de los grandes hitos a la hora de dotar de una cronología relativa a la prehistoria.

arqueológicas, y mientras que su mentor únicamente se ocupó del repertorio de una galería, a él le correspondió ocuparse del cúmulo monumental del país. En general, sus logros competen a la demostración de la validez en la práctica de las teorías de aquel, a su determinación



CUNLIFFE, Barry. *Escena de ¿caza? en la cueva de Lascaux*. Esta cueva, notable por la pintura paleolítica que la decora, fue descubierta en 1940 por un perro, «Robot», cuando perseguía a una liebre que se refugió en ella.

de dimensiones más gigantescas del arte paleolítico (los toros de cinco metros de alto), amén de la escena inconfundible del bisonte arremetiendo contra un hombre con cabeza de pájaro.

Los habitantes de las cavernas, antediluvianos, hombres prehistóricos o como se los quisiera apodar, a pesar de ser etiquetados de salvajes, de parientes de los primates, poseían entonces una chispa de inteligencia y de creatividad, habían conseguido su espacio en los análisis científicos. Meterse en la mente, adivinar sus costumbres y creencias, aprehender el significado oculto de su arte requería una reflexión ciertamente arqueológica, pero asimismo antropológica. La antropología se declaraba la ciencia que estudiaba al hombre en general,

7

Los progresos de la arqueología hasta la Segunda Guerra Mundial

TRAS LOS PASOS DE HOMERO: HEINRICH SCHLIEMANN EN TROYA

Antes de que la persecución de un sueño guiara al alemán Heinrich Schliemann (1822-1890) hasta las costas anatólicas y al Peloponeso, la prehistoria de Grecia había pasado desapercibida a los arqueólogos, oscurecida por las excavaciones del monumental mundo clásico. Sus descubrimientos en la colina minorasiática de Hissarlik, así como en las ciudadelas de Micenas, Orcomenos y Tirinto revolucionarían la visión del pasado heleno, resucitarían las leyendas de los poemas homéricos y dotarían de identidad al pueblo aqueo o micénico, cuyo esplendor acaeció en la Grecia continental en la Edad del Bronce reciente (1500-1180 a. C.).

Schliemann fue un hombre que se hizo a sí mismo, pero que igualmente supo mitificar su biografía con



«La Puerta de los Leones de Micenas», en *The Illustrated London News* (03-02-1877). La entrada a la acrópolis aquea es famosa por su escultura de los dos leones enfrentados, dotados de un valor apotropaico que protegía la entrada a la ciudadela.



«Howard Carter en el interior de la tumba de Tutankhamon» (1923). En: *The New York Times*. La figura del egipólogo Howard Carter se liga indisolublemente a la excavación de la tumba de Tutankhamon (1922), la cual buscaba hacía catorce años.

romántica de la maldición de la momia; sin embargo, no pocos de los peones a cargo de Howard Carter gozaron de una existencia longeva.

ROBERT KOLDEWEY, UN ARQUEÓLOGO ALEMÁN EN LA TORRE DE BABEL

Si la arqueología británica fue la responsable de que se tuvieran en cuenta los principios estratigráficos en las excavaciones en Egipto y de que se adoptara la cerámica como referente a la hora de adjudicar cronologías a los yacimientos, los estudiosos alemanes introdujeron la



La Puerta de Ishtar (Koldewey, 1914). Los ingresos a Babilonia estaban protegidos por diferentes divinidades. La de Ishtar se caracteriza por las representaciones de diferentes seres, entre ellos los leones, animales vinculados a la diosa.

copulaba con la hieródula (en otras palabras, el monarca con una sacerdotisa) a lo largo de las celebraciones del *Bit Akitu*, hierogamia que garantizaba la fertilidad del país y la renovación de la creación.

Por todo ello, Koldewey juzgaba que los escritos de Herodoto se acercaban bastante a la realidad; encontró incluso el puente de piedra sobre el Éufrates en 1910 y el recodo del palacio de Nabucodonosor que interpretó como los Jardines Colgantes. Aunque el arqueólogo alemán no llegó a profundizar hasta los niveles del III milenio, sí supo leer la estratigrafía arquitectónica del *tell*, la compleja sucesión de edificaciones erigidas a base de ladrillos de barro. Los métodos que empleó prevalecieron en la arqueología que se realizó en Anatolia, Siria, Palestina, Iraq, Irán, Arabia e incluso la India.

8

La mayoría de edad de la arqueología

LA ARQUEOLOGÍA SUBACUÁTICA

Históricamente, el medio acuático ha constituido un arma de doble rasero para el hombre: océanos, mares, ríos y lagos han sido defensas naturales de las comunidades, arterias de comunicación y de comercio, de circulación de productos, ingenios, ideas, armadas e individuos, a la vez que esferas en las que el ser humano se ha hallado a merced de los elementos o, según la mentalidad de la Antigüedad, sometido a la voluntad de los dioses. William Stiebing señala que el agua supo defender sus secretos arqueológicos con la misma pertinacia que las selvas, los desiertos o la tierra, hasta que hace cerca de medio siglo, tras la Segunda Guerra Mundial, el desarrollo de los equipamientos de buceo y de las técnicas de la arqueología subacuática permitieron la recuperación



El traje de buzo de Kleingert, 1798 (Juncqua-Naveau, 2003).
Hasta la invención de los trajes de buzo, las campanas de buceo
basadas en la de Edmund Halley (1690) constituyeron
el método más empleado para sumergirse
en las profundidades marinas.



Reconstrucción del equipamiento de Ötzi, el hombre de hielo (Forte y Siliotti, 1997). Los restos congelados de este hombre de la Edad del Cobre desvelaron que murió, seguramente, por las heridas causadas durante un enfrentamiento contra al menos cuatro contrincantes.



Fachada de la tumba II de Vergina, siglo IV a. C. (Andronikos, 1984). El padre de Alejandro Magno se enterró siguiendo el rito funerario ya descrito por Homero para los héroes griegos.

los funerales de Patroclo cantados en la *Iliada*. El mensaje que lanzaba la sepultura de Filipo II engranaba mediante un férreo nudo gordiano a la monarquía macedónica con el pasado heroico de los griegos a los que había sometido a su dominio en la batalla de Queronea (338 a. C.).

A mediados de la década de 1990, las felices perspectivas que Vergina había augurado para el futuro de la



Excavación de los guerreros de Xi'an (Forte y Siliotti, 1997). Este ejército imperial de terracota descubierto en la década de 1970 es en la actualidad Patrimonio de la Humanidad.

Bibliografía

ACKERMAN, James S. *Palladio*. Madrid: Xarait Ediciones, 1987.

ALCINA FRANCH, José. *Arqueólogos o anticuarios. Historia antigua de la Arqueología en la América Española*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1995.

ALMAGRO-GORBEA, Martín, y MAIER ALLENDE, Jorge (eds.). *De Pompeya al Nuevo Mundo. La Corona española y la arqueología en el siglo XVIII*. Madrid: RAH - Patrimonio Nacional, 2012.

ALONSO RODRÍGUEZ, María del Carmen. «Las excavaciones arqueológicas en el siglo XVIII: el descubrimiento de las ciudades de Herculano, Pompeya y Estabia». En: *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 1992; 3: 205-214.

Agradecimientos

Los caminos del mundo académico y universitario, de la dedicación a la arqueología, a las humanidades o a la escritura son espinosos, inciertos, azarosos, en ocasiones decepcionantes, pero después de muchos años todavía los sigo transitando. Sin duda esto no habría sido posible sin el apoyo y la compañía de innumerables compañeros, amigos y mentores que lo han hecho posible, y ni que decir tiene de la familia, que soporta con paciencia los disgustos, los reniegos, las idas y venidas, pero que también disfruta las alegrías y los logros, que son tanto suyos como míos.

José María Luzón me introdujo en el mundo de la arqueología y a él es mi principal agradecimiento en este espacio. Igualmente quiero recordar como parte de este libro a los «romanos» con los que he compartido años de mi vida, Andrea, Arantxa, Arianna, Beatrice, Blanca, Cándido, Carmela, David, Elena, Francesco, Igor, Irene,